

Santo Domingo. Conclusiones

1. Profesión de Fe (Nn. 4-15)

Bendecimos a Dios que en su amor misericordioso «envió a su Hijo, nacido de mujer» (*Ga* 4, 4) para salvar a todos los hombres. Así Jesucristo se hizo uno de nosotros (cf. *Hb* 2, 17). Ungido por el Espíritu Santo (cf. *Lc* 1, 15) proclama en la plenitud de los tiempos la Buena Nueva diciendo: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el Evangelio» (*Mc* 1, 15). Este Reino inaugurado por Jesús nos revela primeramente al propio Dios como «un Padre amoroso y lleno de compasión» (*RMi* 13), que llama a todos, hombres y mujeres, a ingresar en él.

Para subrayar este aspecto, Jesús se ha acercado sobre todo a aquéllos que por sus miserias estaban al margen de la sociedad, anunciándoles la Buena Nueva. Al comienzo de su ministerio proclama que ha sido enviado a «anunciar a los pobres la Buena Nueva» (*Lc* 4, 18). A todas las víctimas del rechazo y del desprecio, conscientes de sus carencias, Jesús les dice: «Bienaventurados los pobres» (*Lc* 6, 20; cf. *RMi* 14). Así pues, los necesitados y pecadores pueden sentirse amados por Dios, y objeto de su inmensa ternura (cf. *Lc* 15, 1 - 32).

La entrada en el Reino de Dios se realiza mediante la fe en la Palabra de Jesús, sellada por el bautismo, atestiguada en el seguimiento, en el compartir su vida, su muerte y resurrección (cf. *Rm* 6, 9). Esto exige una profunda conversión (cf. *Mc* 1, 15; *Mt* 4, 17), una ruptura con toda forma de egoísmo en un mundo marcado por el pecado (cf. *Mt* 7, 21; *Jn* 14, 15; *RMi* 13); es decir, una adhesión al anuncio de las bienaventuranzas (cf. *Mt* 5, 1 - 10).

El misterio del Reino, escondido durante siglos y generaciones en Dios (cf. *Col* 1, 26) y presente en la vida y las palabras de Jesús, identificado con su persona, es don del Padre (cf. *Lc* 12, 32 y *Mt* 20, 23) y consiste en la comunión, gratuitamente ofrecida, del ser humano con Dios (cf. *EN* 9; *Jn* 14, 23), comenzando en esta vida y teniendo su realización plena en la eternidad (cf. *EN* 27).

El amor de Dios se atestigua en el amor fraterno (cf. *1 Jn* 4, 20), del cual no puede separarse: «Si nos amamos unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud» (*1 Jn* 4, 12). «Por tanto, la naturaleza del Reino es la comunión de todos los seres humanos entre sí y con Dios» (*RMi* 15).

Para la realización del Reino, «Jesús instituyó Doce para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar» (*Mc* 3, 14), a los cuales reveló los «misterios» del Padre haciéndolos sus amigos (cf. *Jn* 15, 15) y continuadores de la misma misión que Él había recibido de su Padre (cf. *Jn* 20, 21), y estableciendo a Pedro como fundamento de la nueva comunidad (cf. *Mt* 16, 18).

Antes de su ida al Padre, Jesús instituyó el sacramento de su amor, la Eucaristía (cf. *Mc* 14, 24), memorial de su sacrificio. Así permanece el Señor en medio de su pueblo para alimentarlo con su Cuerpo y con su Sangre, fortaleciendo y expresando la comunión y la solidaridad que debe reinar entre los cristianos, mientras peregrinan por los caminos de la tierra con la esperanza del encuentro pleno con Él. Víctima sin mancha ofrecida a Dios (cf. *Hb* 9, 14), Jesús es igualmente el sacerdote que quita el pecado con una única ofrenda (cf. *Hb* 10, 14).

Él, y sólo Él, es nuestra salvación, nuestra justicia, nuestra paz y nuestra reconciliación. En Él fuimos reconciliados con Dios y por Él nos fue confiado el «Ministerio de la Reconciliación» (*2 Co* 5, 19). Él derriba todo muro que separa a los hombres y a los pueblos (cf. *Ef* 2, 14). Por eso hoy, en este tiempo de Nueva Evangelización, queremos repetir con el apóstol San Pablo: «Déjense reconciliar con Dios» (*2 Co* 5, 20).

Confesamos que Jesús, que verdaderamente resucitó y subió al cielo, es Señor, consubstancial al Padre, «en Él reside toda la plenitud de la divinidad» (*Col* 2, 9); sentado a su derecha, merece el tributo de nuestra

adoración. «La resurrección confiere un alcance universal al mensaje de Cristo, a su acción y a toda su misión» (R*Mi* 16). Cristo resucitó para comunicarnos su vida. De su plenitud todos hemos recibido la gracia (cf. *Jn* 1, 16). Jesucristo, que murió para liberarnos del pecado y de la muerte, ha resucitado para hacernos hijos de Dios en Él. Si no hubiera resucitado, «vana sería nuestra predicación y vana nuestra fe» (I *Co* 15, 14). Él es nuestra esperanza (cf. I *Tm* 1, 1; 3, 14 - 16), ya que puede salvar a los que se acercan a Dios y está siempre vivo para interceder en favor nuestro (cf. *Hb* 7, 25).

Conforme a la promesa de Jesús, el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles reunidos con María en el cenáculo (cf. *Hch* 1, 12 - 14; 2, 1). Con la donación del Espíritu en Pentecostés, la Iglesia fue enviada a anunciar el Evangelio. Desde ese día, ella, nuevo pueblo de Dios (cf. I *P* 2, 9 - 10) y cuerpo de Cristo (cf. I *Co* 12, 27; *Ef* 4, 12), está ordenada al Reino, del cual es germen, signo e instrumento (cf. *RMi* 18) hasta el fin de los tiempos. La Iglesia, desde entonces y hasta nuestros días, engendra por la predicación y el bautismo nuevos hijos de Dios, concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios (cf. *LG* 64).

En la comunión de la fe apostólica, que por boca de Pedro confesó en Palestina: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (*Mt* 16, 16), hoy hacemos nuestras las palabras de Pablo VI que al empezar nuestros trabajos nos recordaba Juan Pablo II: «¡Cristo! Cristo, nuestro principio. Cristo, nuestra vida y nuestro guía. Cristo, nuestra esperanza y nuestro término... Que no se cierna sobre esta asamblea otra luz que no sea la de Cristo, luz del mundo. Que ninguna otra verdad atraiga nuestra mente fuera de las palabras del Señor, único Maestro. Que no tengamos otra aspiración que la de serle absolutamente fieles. Que ninguna otra esperanza nos sostenga, si no es aquélla que, mediante su palabra, conforta nuestra debilidad...» (Juan Pablo II, *Discurso inaugural*, 1).

Sí, confesamos que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Él es el Hijo único del Padre, hecho hombre en el seno de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo, que vino al mundo para librarnos de toda esclavitud de pecado, a darnos la gracia de la adopción filial, y a reconciliarnos con Dios y con los hombres. Él es el Evangelio viviente del amor del Padre. En Él la humanidad tiene la medida de su dignidad y el sentido de su desarrollo.

Reconocemos la dramática situación en que el pecado coloca al hombre. Porque el hombre creado bueno, a imagen del mismo Dios, señor responsable de la creación, al pecar ha quedado enemistado con Él, dividido en sí mismo, ha roto la solidaridad con el prójimo y destruido la armonía de la naturaleza. Ahí reconocemos el origen de los males individuales y colectivos que lamentamos en América Latina: las guerras, el terrorismo, la droga, la miseria, las opresiones e injusticias, la mentira institucionalizada, la marginación de grupos étnicos, la corrupción, los ataques a la familia, el abandono de los niños y ancianos, las campañas contra la vida, el aborto, la instrumentalización de la mujer, la depredación del medio ambiente, en fin, todo lo que caracteriza una cultura de muerte.

¿Quién nos libraré de estas fuerzas de muerte? (cf. *Rm* 7, 24). Sólo la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, ofrecida una vez más a los hombres y mujeres de América Latina, como llamada a la conversión del corazón. La renovada evangelización que ahora emprendemos debe ser, pues, una invitación a convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres (cf. Juan Pablo II, *Discurso inaugural*, 18), para que los cristianos seamos como el alma en todos los ambientes de la vida social (cf. *Carta a Diogneto* 6).

Identificados con Cristo que vive en cada uno (cf. *Ga* 2, 20) y conducidos por el Espíritu Santo, los hijos de Dios reciben en su corazón la ley del amor. De esta manera pueden responder a la exigencia de ser perfectos como el Padre que está en el cielo (cf. *Mt* 5, 48), siguiendo a Jesucristo y cargando la propia cruz cada día hasta dar la vida por Él (cf. *Mc* 8, 34 - 36).

Creemos en la Iglesia una, santa, católica y apostólica y la amamos. Fundada por Jesucristo «sobre el fundamento de los Apóstoles» (cf. *Ef* 2, 20) cuyos sucesores, los obispos, presiden las distintas Iglesias particulares. En comunión entre ellos y presididos en la caridad por el Obispo de Roma, sirven a sus Iglesias particulares, de modo que en cada una de ellas esté viva y operante la Iglesia de Cristo. Ella es «la primera beneficiaria de la salvación. Cristo la ha adquirido con su sangre (*Hch* 20, 28) y la ha hecho su colaboradora en la obra de la salvación universal» (cf. *RMi* 9).

Peregrina en este continente, está presente y se realiza como comunidad de hermanos bajo la conducción de los obispos. Fieles y pastores, congregados por el Espíritu Santo (cf. *CD* 11) en torno a la Palabra

de Dios y a la mesa de la Eucaristía, son a su vez enviados a proclamar el Evangelio, anunciando a Jesucristo y dando testimonio de amor fraterno.

«La Iglesia peregrinante es, por naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre» (AG 2). La evangelización es su razón de ser; existe para evangelizar (cf. EN 15). Para América Latina, providencialmente animada con un nuevo ardor evangélico, ha llegado la hora de llevar su fe a los pueblos que aún no conocen a Cristo, en la certeza confiada de que «la fe se fortalece dándola» (Juan Pablo II, *Discurso inaugural*, 28).

La Iglesia quiere realizar en estos tiempos una Nueva Evangelización que transmita, consolide y madure en nuestros pueblos la fe en Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Esta evangelización «debe contener siempre - como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo - una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios» (EN 27).

El anuncio cristiano, por su propio vigor, tiende a sanar, afianzar y promover al hombre, a constituir una comunidad fraterna, renovando la misma humanidad y dándole su plena dignidad humana, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio (cf. EN 18). La Evangelización promueve el desarrollo integral, exigiendo de todos y cada uno el pleno respeto de sus derechos y la plena observancia de sus deberes, a fin de crear una sociedad justa y solidaria, en camino a su plenitud en el Reino definitivo. El hombre está llamado a colaborar y ser instrumento con Jesucristo en la Evangelización. En América Latina, continente religioso y sufrido, urge una Nueva Evangelización que proclame sin equívocos el Evangelio de la justicia, del amor y de la misericordia.

Sabemos que, en virtud de la encarnación, Cristo se ha unido en cierto modo a todo hombre (cf. GS 22). Es la perfecta revelación del hombre al propio hombre y el que descubre la sublimidad de su vocación (cf. *ib.*). Jesucristo se inserta en el corazón de la humanidad e invita a todas las culturas a dejarse llevar por su espíritu hacia la plenitud, elevando en ellas lo que es bueno y purificando lo que se encuentra marcado por el pecado. Toda evangelización ha de ser, por tanto, inculturación del Evangelio. Así toda cultura puede llegar a ser cristiana, es decir, a hacer referencia a Cristo

e inspirarse en Él y en su mensaje (cf. Juan Pablo II, *Discurso a la II Asamblea plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina*, 14.6.91, 4). Jesucristo es, en efecto, la medida de toda cultura y de toda obra humana. La inculturación del Evangelio es un imperativo del seguimiento de Jesús y necesaria para restaurar el rostro desfigurado del mundo (cf. *LG* 8). Es una labor que se realiza en el proyecto de cada pueblo, fortaleciendo su identidad y liberándolo de los poderes de la muerte. Por eso podemos anunciar con confianza: hombres y mujeres de Latinoamérica, ¡Abrid los corazones a Jesucristo. Él es el camino, la verdad y la vida, quien le sigue no anda en tinieblas! (cf. *Jn* 14, 6; 8, 12).

Creemos que Cristo, el Señor, ha de volver para llevar a su plenitud el Reino de Dios y entregarlo al Padre (cf. *1 Co* 15, 24), transformada ya la creación entera en «los cielos y la tierra nueva en los que habita la justicia» (cf. *2 P* 3, 13). Allí alcanzaremos la comunión perfecta del cielo, en el gozo de la visión eterna de la Trinidad. Hombres y mujeres, que se hayan mantenido fieles al Señor, vencidos finalmente el pecado, el diablo y la muerte, llegarán a su plenitud humana, participando de la misma naturaleza divina (cf. *2 P* 1, 4). Entonces Cristo recapitulará y reconciliará plenamente la creación, todo será suyo y Dios será todo en todos (cf. *1 Co* 15, 28).

Confirmando la fe de nuestro pueblo queremos proclamar que la Virgen María, Madre de Cristo y de la Iglesia, es la primera redimida y la primera creyente. María, mujer de fe, ha sido plenamente evangelizada, es la más perfecta discípula y evangelizadora (cf. *Jn* 2, 1 - 12). Es el modelo de todos los discípulos y evangelizadores por su testimonio de oración, de escucha de la Palabra de Dios y de pronta y fiel disponibilidad al servicio del Reino hasta la cruz. Su figura maternal fue decisiva para que los hombres y mujeres de América Latina se reconocieran en su dignidad de hijos de Dios. María es el sello distintivo de la cultura de nuestro continente. Madre y educadora del naciente pueblo latinoamericano, en Santa María de Guadalupe, a través del Beato Juan Diego, se «ofrece un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada» (Juan Pablo II, *Discurso inaugural*, 24). Nos ha precedido en la peregrinación de la fe y en el camino a la gloria, y acompaña a nuestros pueblos que la invocan con amor hasta que nos encontremos definitivamente con su Hijo. Con alegría y agradecimiento acogemos el don inmenso de su maternidad, su ternura y protección, y aspiramos a amarla del mismo modo como Jesucristo la amó. Por eso la invocamos como “Estrella de la Primera y de la Nueva Evangelización”.